HARLEQUIN™

Bianca™

LA CASA REAL DE

KAREDES

Dos Coronas, dos islas, un legado



SHARON KENDRICK

Tierna seducción



SHARON KENDRICK

Tierna seducción

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
TIERNA SEDUCCIÓN, Nº 2 - abril 2010
Título original: The Sheikh's Virgin Stable-Girl
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8389-4
Editor responsable: Luis Pugni

LA CASA REAL DE KAREDES

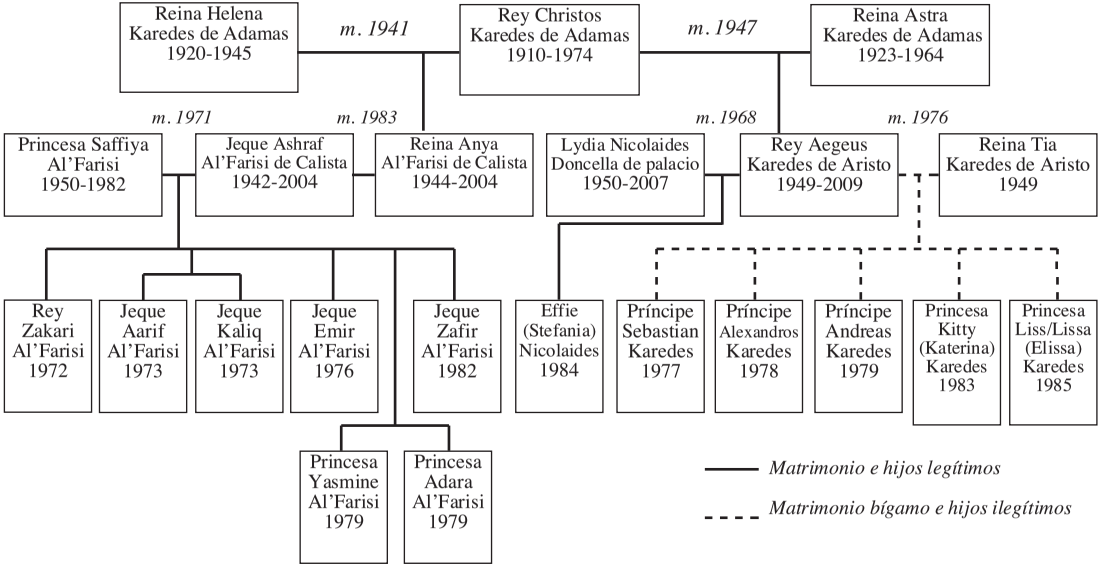
Muchos años atrás hubo dos islas gobernadas como un solo reino, el reino de Adamas. Sin embargo, las terribles disputas y rivalidades familiares hicieron que el reino acabara dividido. A partir de entonces las islas, Aristo y Calista, se gobernaron por separado, se dividió el diamante de la corona, llamado Stefani, en recuerdo de la contienda familiar, y se colocó cada mitad en una corona.

Cuando el rey dividió el reino, dándole una isla a su hijo y la otra a su hija, pronunció estas palabras:

«Gobernaréis la isla que os corresponda para velar por vuestros súbditos y darle lo mejor al reino, pero es mi deseo que con el tiempo estas dos joyas, al igual que las islas, vuelvan a unirse. Aristo y Calista son más bellas y poderosas formando una sola nación: Adamas».

Ahora el rey Aegeus Karedes de Aristo acaba de morir y el diamante de coronación de la isla ha desaparecido. Los aristianos no se detendrán ante nada para conseguir recuperarlo, pero el despiadado rey jeque de Calista les pisa los talones.

Hay que encontrar la joya, ya sea mediante la seducción, el chantaje o el matrimonio. A medida que se desarrollen las historias, saldrán a la luz los secretos y pecados del pasado y el deseo, el amor y la pasión entrarán en conflicto con el deber real. ¿Quién descubrirá a tiempo que lo único que puede volver a unir el reino de Adamas es la inocencia y pureza de cuerpo y corazón?


Reina Helena Karedes de Adamas 1920-1945
m. 1941
Rey Christos Karedes de Adamas 1910-1974
m. 1947
Reina Astra Karedes de Adamas 1923-1964
m. 1971
m. 1983
m. 1968
m. 1976
Princesa Saffiya Al'Farisi 1950-1982
Jeque Ashraf Al'Farisi de Calista 1942-2004
Reina Anya Al'Farisi de Calista 1944-2004
Lydia Nicolaides Doncella de palacio 1950-2007
Rey Aegeus Karedes de Aristo 1949-2009
Reina Tia Karedes de Aristo 1949
Rey Zakari Al'Farisi 1972
Jeque Aarif Al'Farisi 1973
Jeque Kaliq Al'Farisi 1973
Jeque Emir Al'Farisi 1976
Jeque Zafir Al'Farisi 1982
Effie (Stefania) Nicolaides 1984
Príncipe Sebastian Karedes 1977
Príncipe Alexandros Karedes 1978
Príncipe Andreas Karedes 1979
Princesa Kitty (Katerina) Karedes 1983
Princesa Liss/Lissa (Elissa) Karedes 1985
Princesa Yasmine Al'Farisi 1979
Princesa Adara Al'Farisi 1979
Matrimonio e hijos legítimos
Matrimonio bígamo e hijos ilegítimos

Uno

Nada garantizaba que no pudiera haber un escorpión muerto en el suelo, pero no justo después de que ella acabara de barrer el patio. Eleni miró la negra figura y una certeza que desafiaba toda lógica se abrió paso en su mente con un escalofrío. Era un presagio, no había duda. Un mal augurio que llegaba momentos antes de que lo hiciera el misterioso invitado de su padre. Eleni tragó saliva. ¿Acaso no estaban las leyendas del desierto llenas de señales tan oscuras como aquélla?

–¡Eleni!

El grito de su padre rasgó el aire cálido e inmóvil. Eleni se puso en tensión, trataba de adivinar de qué humor estaba su padre. Al menos el tono de voz era firme, lo que quería decir que estaba sobrio, pero también denotaba impaciencia, lo cual sólo podía significar una cosa: que estaba ansioso por empezar la partida de cartas y que la impa-

ciencia crecía entre sus compañeros de juego, unos hombre ruidosos capaces de apostar y perder en una noche todo aquello por lo que habían trabajado.

–¡Eleni! –el grito se había convertido en un rugido–. ¿Dónde diablos estás?

–¡Estoy aquí, papá! –respondió por fin, al tiempo que escondía el escorpión bajo la arena.

Luego echó a correr hacia la casa. Gamal Lakis la esperaba en la puerta; había una expresión avinagrada en su rostro arrugado y curtido por el sol cuando la miró de arriba abajo.

–¿Qué estás haciendo que te obliga a apartarte de la casa y de tus quehaceres? –le preguntó en tono crítico.

De nada habría servido decirle que acababa de salir de la cuadra, donde había estado hablando con sus adorados caballos. Él tampoco habría entendido que eran precisamente esos atentos cuidados los que hacían que los caballos estuvieran siempre en tan buena forma y lo hubieran convertido en uno de los hombres más envidiados del desierto. Sabía por experiencia que ninguna explicación podía satisfacer a aquel hombre siempre descontento.

–Lo siento, papá –dijo automáticamente, bajando la mirada al suelo antes de volver a mirarlo con una sonrisa con la que pretendía tranquilizarlo–. En seguida les llevo algo de beber a tus invitados.

–No, no. Aún no podemos beber nada, ni comer lo que hay preparado –respondió su padre, inesperadamente–. Debemos esperar a nuestro invitado de honor –en sus ojos apareció un brillo poco habitual y en sus labios, una sonrisa astuta e igualmente inusual–. ¿Sabes quién es ese invitado?

Ella negó con la cabeza. Aquella visita estaba rodeada de misterio desde hacía días, pero Eleni sabía que no debía preguntar. Los hombres informaban a las mujeres cuando lo creían oportuno y no antes, especialmente en casas como la suya.

–No, papá, no lo sé.

–¡Es nada menos que uno de los hombres más importantes de toda Calista! –presumió–. Quizá quieras intentar adivinar de quién se trata.

Eleni hizo lo que su padre esperaba y le hizo la pregunta que deseaba escuchar, aunque esa extravagancia hizo que empezara a preguntarse si realmente estaba tan sobrio como había pensado en un primer momento.

–¿Por qué no me lo dices, papá, y así estaré preparada para atenderlo como merece?

Los labios de Gamal volvieron a curvarse en una sonrisa triunfal.

–¿Qué pensarías, hija mía, si te dijera que va a venir un príncipe a la casa de tu padre?

Pensaría que sin duda había estado bebiendo, claro que nunca se lo atrevería a decírselo a la cara. Si su padre estaba sufriendo uno de sus delirios, era mejor seguirle la corriente.

–¿Un príncipe, papá? –preguntó sin hacer el menor aspaviento.

–¡Desde luego! El príncipe Kaliq Al'Farisi –dijo con profundo orgullo–. ¡Viene a jugar a las cartas conmigo!

¡Su padre se había vuelto loco! ¡Sus habituales delirios de grandeza estaban completamente fuera de control! ¿Qué debía hacer? ¿Y si seguía soltando esas fanfarronadas delante de los hombres que lo esperaban para comenzar una larga noche de cartas? Eso lo convertiría en el hazmerreír del lugar y acabaría con la escasa reputación que aún le quedaba.

–Papá –susurró con impaciencia–, te suplico que pienses bien lo que dices. ¿A qué iba a venir aquí un príncipe?

Pero Eleni no iba a recibir respuesta alguna, a pesar de que su padre había abierto la boca como una marioneta, pues se oyó entonces el sonido lejano de unos cascos, el trote firme de varios caballos. El sonido fue oyéndose más y más cerca hasta que invadió los oídos de Eleni igual que los aullidos de los lobos del desierto cuando había luna llena.

Galopaba hacia ellos un grupo de cuatro caballos, uno de los cuales se adelantó a los demás y comenzó a avanzar como un arroyo negro de petróleo que hubiera manado de la árida arena del desierto. Eleni se quedó inmóvil durante un momento, con la mirada clavada en el movimiento temerario de aquel jinete; era lo más hermoso que había visto en su vida.

Bajo la luz dorada del sol del ocaso, podía ver a un hombre colosal a lomos de un semental del color del ébano, al que animaba a seguir galopando con alegres gritos. El jinete, con la cabeza descubierta, tenía el pelo tan oscuro como el caballo que montaba, y su piel brillaba como un metal bien bruñido. Su atuendo estaba hecho de seda pura y, al aproximarse, Eleni vio un rostro tan imponente que de pronto temió que tu-

viera el poder de convertir en polvo a aquellos que lo miraban.

Era un rostro tan increíblemente hermoso que fue como si todas las flores del desierto hubieran florecido al mismo tiempo.

Fue entonces cuando Eleni se dio cuenta. Las fanfarronadas de su padre eran ciertas, pues aquél que se acercaba a su humilde morada era realmente el príncipe Kaliq Al'Farisi. Kaliq el temerario, el amante de las mujeres, el donjuán, el jugador e irresponsable hijo del príncipe Ashraf. De él se decía que era capaz de hacer gemir de placer a una mujer con sólo mirarla.

Eleni no había vuelto a verlo desde que, siendo niña, había visto pasar a la familia real entre una multitud. Entonces él estaba haciendo el servicio militar, por lo que llevaba puesto el uniforme de la marina de Calista. Ya entonces le había parecido un joven deslumbrante, y ahora, quince años más tarde, era todo un hombre, de una masculinidad tan bella e intensa que parecía hacerlo resplandecer.

–¡Por los lobos del desierto! –exclamó Eleni y entró corriendo a la casa.

–¡Alteza! –dijo Gamal con sonrisa de tonto y, en cuanto el caballo del príncipe

cruzó las maltrechas puertas del patio, se inclinó tanto como le permitían los huesos.

Kaliq se bajó del caballo con la misma rapidez y elegancia con la que abandonaría el cuerpo de una mujer a la que acabara de hacer el amor. Miró a su alrededor y no se molestó en ocultar la sonrisa que se dibujó en sus labios al ver aquel lugar.

Fue como si pensara «¡vaya casucha!». Un lugar modesto y tosco que, sin embargo, le ofrecía algo que ansiaba. Observó bien la puerta de la cuadra antes de volver a mirar al hombre que se postraba frente a él.

–Levante, Lakis –ordenó.

–Permítame que le diga lo honrado que me siento de que su Alteza haya aceptado la invitación de…

–Basta de adulaciones –espetó Kaliq con la arrogancia que había aprendido en una de las muchas escuelas internacionales a las que había asistido. Una arrogancia que había necesitado para protegerse de la ambición y la codicia de los que trataban de aprovecharse de la influencia de la Casa Real.

En seguida trató de suavizar la respuesta con ese encanto que, según su hermana Yasmine, podía atraer hasta a los pájaros.

–No he venido en busca de su admiración –dijo–, sino a jugar a las cartas con un hombre que, según he oído, es invencible. ¿Es usted ese hombre?

Gamal esbozó una sonrisita de suficiencia.

–Eso dicen, Alteza.

Kaliq lo miró de arriba abajo. ¿Ese tonto no sabía que no se debía mostrar superioridad ante un príncipe?

–Ya veremos si es usted tan imbatible como dicen –dijo con despreocupación–. Esta noche tengo ganas de jugar, pero antes quiero beber algo. ¿No tiene nada que ofrecer a estos viajeros, para que podamos refrescarnos la garganta después de tanto cabalgar por el desierto?

–Claro, Alteza. Perdóneme, por favor –se apresuró a decir Gamal–. Entre a mi humilde hogar y le traerán todo aquello que desee.

El salón lleno de humo estaba iluminado por lámparas de aceite y el aroma del incienso se mezclaba con el del tabaco. Las voces de los presentes se silenciaron de golpe al ver aparecer al guardaespaldas del príncipe, al que recibieron poniéndose de pie de un salto.

Kaliq les pidió que volvieran a sentarse con una sonrisa malévola en los labios. La mejor manera de derrotar a un adversario era empezar dándole una falsa sensación de seguridad.

–No, no. Esta noche no quiero ceremonias; esta noche somos todos iguales –les dijo con voz suave–. No se puede jugar a las cartas adecuadamente si se impone una jerarquía. Esta noche no soy príncipe, sólo soy un hombre como ustedes.

Al otro lado de la puerta, reuniendo el valor para entrar, Eleni se preguntaba si su padre sabía realmente a lo que se enfrentaba, pues las palabras del príncipe no le parecían sinceras. ¡Aquel poderoso príncipe jamás querría que semejantes rufianes fueran sus iguales!

–¡Eleni!

Estaba a punto de decirle «sí, papá», cuando oyó sus siguientes palabras:

–La criada nos traerá en seguida algo de comer y de beber. ¡Eleni, ven inmediatamente!

A pesar del nerviosismo, Eleni casi sintió ganas de sonreír. Su padre no sólo había aumentado su posición social inventándose una criada, sino que además, al utilizar a su

propia hija, se aseguraba absoluta discreción. ¡Y no tenía que pagarle nada!

Respiró hondo y entró a la habitación con la mirada baja, luchando contra el deseo de mirar al príncipe, algo que no le estaba permitido en su condición de criada pues el servicio no podía establecer contacto visual con ningún miembro de la familia real de Calista. Sabía que el protocolo le exigía también hacerle una reverencia, algo a lo que no estaba acostumbrada.

–Alteza –dijo con voz suave al tiempo que flexionaba una rodilla e inclinaba la cabeza–. ¿Qué desea mi señor que le traiga a su invitado de honor? –añadió.

Kaliq la miró. Su cuerpo se había puesto en alerta automáticamente al oír una voz de mujer. Una voz suave y relajante, como si de pronto corriera un arroyo fresco en medio de aquella habitación de ambiente cargado y sofocante. Hablaba con mucha fluidez para ser una criada, pero no alcanzaba a ver si era fea o hermosa.

Llevaba la cabeza cubierta por un velo y una ropa sin gracia que ocultaba su cuerpo… Aunque era la adecuada para una mujer de su clase, Kaliq habría preferido poder disfrutar de una visión más agradable. Una

muchacha atractiva y de pechos firmes que lo mirara con deseo.

–Algo de beber –ordenó tajantemente, apartando su mente de aquellos pensamientos, pues estaba allí para jugar a las cartas, no para perderse en los placeres femeninos.

–¿Quiere beber *zelyoniy* con nosotros? –preguntó Gamal con ilusión.

Kaliq reprimió un escalofrío. ¿Cómo iba a beber *zelyoniy*? El potente licor de cactus estaba prohibido en gran parte del país, pero seguía consumiéndose en las regiones más agrestes. Seguramente le sería útil que sus oponentes se encontraran bajo el efecto del licor.

–No, yo no –respondió–, pero ustedes pueden beber lo que les plazca. A mí, tráeme un zumo de granada –dijo a la criada.

–En seguida, Alteza –respondió Eleni, y salió de allí.

Kaliq se recostó en la silla mientras uno de los jugadores abría una baraja nueva y sintió una emoción que reconoció de inmediato. Quería ganar, sí, porque le encantaba ganar, pero más importante que la victoria era el riesgo que entrañaba. No debería estar allí, codeándose con aquellos criadores y entrenadores de caballos de mala muerte,

pero eso no hacía sino aumentar el atractivo de la velada. El atractivo de lo desconocido, de lo prohibido, de lo ilícito.

Y es que Kaliq a veces se aburría de su vida de privilegios, una vida que lo llevaba a todas las ciudades de Occidente, ciudades en las que adoptaba fácilmente el papel del «jeque *playboy»,* como lo denominaban los periódicos internacionales. Con la riqueza casi infinita de las minas de diamantes de su país, tenía todo lo que deseaba.

Pero a veces buscaba un contraste, y por eso acudía a lugares como aquél, donde las dificultades de la vida del desierto hacían palidecer hasta al peor antro europeo.

–¿Quiere comer algo, Alteza?

Kaliq levantó la vista de las cartas. La criada había vuelto y estaba sirviéndole una copa de zumo de granada. Meneó la cabeza impacientemente. ¡Cómo iba a comer con gente así!

–No, no tengo apetito –miró la bebida–. Pruébalo –le pidió a la muchacha.

Eleni sintió que se le aceleraba el corazón. ¿No pensaría que iba a beber de su copa?

–Pero…

–Te he dicho que lo pruebes –repitió con

voz suave–. O pensaré que estás intentando envenenarme.

Con dedos temblorosos, Eleni levantó la pesada copa, la mejor que tenía su padre, se la llevó a los labios y tomó un sorbo de zumo; después se pasó la lengua por los labios para eliminar su rastro. Qué horrible debía de ser vivir con ese miedo, pensó con compasión hacia el príncipe. ¿Tendría siempre que mirar a su espalda por temor a que hubiera algún asesino acechando en las sombras?

Consciente de que tenía los ojos clavados en ella, unos ojos increíblemente negros y penetrantes, Eleni tuvo la sensación de haberse convertido en piedra. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Cuánto tiempo debían esperar para saber si se había envenenado?

–¿Y bien? –preguntó Kaliq.

Eleni tragó saliva y miró de nuevo a la copa.

–Creo que el zumo será de su agrado, Alteza.

–Entonces dámelo –le ordenó.

Para hacerlo tuvo que levantar la mirada hacia él, fue entonces cuando Kaliq pudo verle a la cara y recibió la primera sorpresa.

¡Tenía los ojos verdes y muy brillantes! Los legendarios ojos verdes de Calista, una característica cuyo origen se remontaba a unos guerreros persas que habían conquistado y controlado aquella tierra y a sus mujeres durante un tiempo, hasta que habían caído derrotados por un antepasado de Kaliq. Un color de ojos legendario, inusual y hermoso, del que había oído hablar en los palacios y salones de té, pero que jamás antes había visto.

–Por el desierto –murmuró, mirando aquellos ojos con el pulso acelerado–. Qué ojos tan bonitos.

Entonces empezaron a llegarle las cartas y tuvo que centrar toda su atención en el juego. La criada desapareció y sus ojos quedaron olvidados.

Había mucho dinero en juego, pero en seguida se hizo evidente que Kaliq y Gamal jugaban a un nivel diferente del resto, por lo que no tardaron en quedarse solos. Gamal estaba bebiendo mucho licor y Kaliq sabía que había un lugar donde uno no podía permitirse estar borracho, y era sentado a la mesa de póquer.

Les repartieron dos cartas a cada uno. Kaliq vio cómo Gamal intentaba en vano

esconder una sonrisa triunfal, entonces supo que se acercaba el momento. Al levantar la mirada vio que la criada tenía los ojos clavados en la mesa con un gesto de terror. ¿Acaso le preocupaba que su señor se jugara todo lo que tenía, incluyéndola a ella?

–Apuesto mil –dijo en voz baja, lo que provocó un murmullo de asombro entre los presentes.

Gamal puso en seguida un montón de billetes en el centro de la mesa.

–Tres mil –dijo, relamiéndose los labios.

Kaliq observó en la mirada de su oponente la codicia y la certeza de que iba a vencer, y sonrió con la seguridad de un jugador con cartas ganadoras.

–Tiene cara de querer apostar más, Lakis –le dijo–. ¿Subimos las apuestas?

Gamal lo miró con ojos brillantes.

–¿Cuánto?

Kaliq se encogió de hombros.

–Bueno, como bien sabe, yo no necesito dinero…, pero si quiere añadir ese semental árabe del que tanto he oído hablar, yo subiré la apuesta hasta el millón. ¿Qué me dice?

Eleni no podía creer lo que estaba oyendo; sólo se le ocurrió dejar caer una cuchara con la esperanza de que el ruido hiciera que

su padre recobrara la cordura, pero el ambiente era tan tenso que nadie se inmutó siquiera. Era una pesadilla…, su padre iba a jugarse el caballo que ella tanto amaba, lo único que la ayudaba a aguantar en aquel entorno tan hostil.

–¿Un millón, ha dicho? –preguntó Gamal con codicia.

–Un millón –confirmó Kaliq.

Eleni deseaba gritarle a su padre que no siguiera con aquella locura, pues incluso ella sabía por el comportamiento del príncipe que llevaba las cartas ganadoras. Pero, ¿cómo iba a hacerse oír entre hombres y delante de un invitado de la realeza? Kaliq no tardaría en hacer que uno de sus guardaespaldas la detuviera y la encerrara en la cárcel de Serápolis.

–¿Quiere… quiere beber algo más, Alteza? –preguntó con desesperación, con la esperanza de romper su concentración.

–No te atrevas a hablarme en medio de una partida –le espetó Kaliq.

–Sí, sí. ¡Me juego el semental! –exclamó de pronto Gamal al tiempo que exponía sus cartas con gesto triunfal, dos reyes.

Eleni se llevó la mano a la boca.

–¡No! –dijo entre dientes. Nadie la oyó.